

Ugo Pipitone
**Crítica de la
"economía política
marxista"**

Es tan acostumbrado hablar de “economía política de Marx” que discutir su legitimidad sin duda parecerá a muchos sencillamente absurdo, si no es que algo peor. Tan obvio y evidente parece referirse al pensamiento económico de Marx como a una “economía política” que en muchas universidades se indica directamente con esa expresión la elaboración económica de Marx y de los marxistas, mientras se junta al pensamiento económico burgués en el cajón denominado “teoría económica”. ¡Quien fuera el crítico más riguroso y demoleedor de la economía política, se convierte en la mente de muchos (entre ellos marxistas) en el campeón y representante más alto de la economía política!

En estas breves notas queremos plantear algunas dudas sobre la legitimidad de considerar el pensamiento económico de Marx como una “economía política”. Pero es oportuno notar que la legitimidad a la cual se hace referencia no atañe a una cuestión de orden filológico; el problema no estriba en una palabra mal escogida. Lejos de ser una cuestión formal, referirse a la contribución económica de Marx como a una economía política es, según quien escribe, la consecuencia necesaria de un uso deformado en clave mecanicista y determinista del patrimonio teórico marxista.

Pero, sin adelantar conclusiones, empecemos planteándonos la siguiente pregunta: ¿Por qué el subtítulo de *El Capital* es “crítica de la economía política”?

I

Hay un sentido en que la palabra crítica no puede asombrar si se considera que el mismo camino de la economía política hasta Marx es una ininterrumpida sucesión de críticas: la crítica fisiocrática a los mercantilistas, la crítica smithiana a los fisiócratas, la crítica ricardiana a Smith. Toda etapa en la evolución de la economía política asienta su especificidad y sus caracteres teóricos propios en la crítica a las elaboraciones propias de la etapa anterior. ¿En qué reside la razón de esta sucesión de críticas? La razón está sencillamente en la misma evolución del capitalismo. Cada crítica es la expresión teórica del surgimiento en la sociedad de nuevas fuerzas que pugnan por su hegemonía y de las nuevas

condiciones del desarrollo.

La crítica fisiocrática a los mercantilistas tiene su razón en la conciencia del dominio cada vez mayor de las actividades productivas sobre las actividades de comercio; la crítica smithiana a los fisiócratas tiene su soporte *real* en el desarrollo de la producción industrial y en la creciente hegemonía de la burguesía industrial sobre el conjunto de la clase burguesa; y también la crítica ricardiana a Smith tiene una base histórica objetiva que reside en la manifestación plena del carácter estructural de los “desequilibrios” entre ganancia, salario y renta. El fundamento de la crítica de Ricardo a Smith reside, pues, en el reconocimiento del carácter permanente —y no coyuntural, como pensaba Smith— de las contradicciones entre capitalistas, trabajadores y terratenientes.

Pero, más allá de las rupturas y discontinuidades que caracterizan a la evolución de la economía política, esta ciencia sigue una línea de desarrollo cuyos parámetros fundamentales no pueden modificarse. Aún en medio de agudas polémicas, la economía política sigue siendo para la burguesía la misma cosa: instrumento del propio reconocimiento, del reconocimiento de sus necesidades, y de análisis de las condiciones necesarias para garantizar su hegemonía sobre toda la sociedad. Las rupturas críticas que intervienen en su desarrollo no afectan, ni mucho menos, la continuidad y la ubicación social de una ciencia que constituye el instrumento de *autoanálisis* de la propia burguesía.

A partir del momento en que la reflexión económica se hace política, o sea capaz de reflejar detrás de la economía al *sistema*, o sea *economía política*, el centro de su interés (que es también su razón de ser) está dado por el análisis de las condiciones que permiten la reproducción en equilibrio del sistema social que permite la hegemonía de la burguesía y del capital.

Asumiendo como punto de vista privilegiado, el punto de vista del equilibrio del sistema social y del desarrollo del capital, la economía política se afirma como expresión teórica madura de la clase burguesa. Aunque, con Ricardo, la economía política llega a poner en evidencia aspectos conflictivos (y hasta antagónicos) del funcionamiento y del desarrollo del capitalismo, el progreso económico y social sigue siendo posible solamente por medio de la reafirmación de la hegemonía burguesa sobre la sociedad y sobre el proletariado. Tan limitada y tan deformada es la visión histórica de la economía política que sólo puede pensar en el futuro como reproducción mejorada del presente, y del presente que ve la clase burguesa moldear a la sociedad según sus necesidades.

Si en la *Economía Política* el capitalismo es analizado poniendo al centro el problema de su estabilidad y de su desarrollo (o sea, desde el punto de vista de la burguesía), en *El Capital*

(o sea en la *CRÍTICA de la economía política*), Marx analiza el capitalismo como una formación social históricamente transeúnte, una formación cuyo desarrollo coincide con el crecimiento de una fuerza social —el proletariado— cuyo interés histórico fundamental es el derrumbe del capitalismo y el paso a una estructura social superior: el socialismo.

Aunque la economía política llega a sacar a la luz la contradicción entre capital y trabajo y, con Ricardo, ve la irreconciliabilidad de intereses entre burguesía y proletariado,¹ sólo concibe el progreso como solución de la contradicción a favor de la burguesía. Según los economistas inmediatamente anteriores a Marx, el capitalismo es el producto más completo e inmejorable de la organización social; según ellos, como dice Marx, “ha habido historia, pero ya no hay”.

Aquellas contradicciones sociales que la economía política olvida o ve como simples “molestias” en el curso del desarrollo del capitalismo, se presentan a Marx como los agentes materiales de la sociedad nueva que, por medio del proletariado, se abre paso en el vientre de la vieja sociedad capitalista. La continuidad de la economía política (la cual se afirma en el reconocimiento del carácter esencial del interés del burgués por el buen funcionamiento de la economía) se rompe con una crítica, la de Marx, que ve en el burgués una traba cada vez más grave para el desarrollo de las fuerzas productivas. Después de haber puesto en movimiento fuerzas productivas gigantescas, el burgués adquiere conciencia de haber generado, en el proletariado, a su enemigo mortal; a partir de ese momento se inmovilizan cuotas crecientes de la riqueza social para la defensa de la estructura consolidada del poder; la burguesía pierde progresivamente interés en el desarrollo de las fuerzas productivas debiendo desplazar cuotas cada vez más grandes de riqueza para reproducirse como clase dominante. De clase revolucionaria se vuelve reaccionaria. Las relaciones sociales capitalistas se convierten en trabas para el desarrollo, o sea para el esfuerzo de satisfacer aquellas necesidades que el mismo capitalismo ha generado en la sociedad; sólo el proletariado —el núcleo social sobre el cual se basa la riqueza burguesa— tiene, además del interés, la capacidad para romper esas relaciones y permitir un desarrollo pleno de las fuerzas productivas, desarrollo que, una vez emancipado el trabajo, puede constituirse como base para el crecimiento tanto material como espiritual de *toda* la sociedad.

Si el objeto de la economía política es la conservación del capitalismo, el objeto de la *Crítica de la economía política* es su derrumbe, mientras que su sujeto autoconsciente es el proletariado. Mientras en la economía política la burguesía se reconoce a sí misma, en la *crítica* de la economía política el proletariado se reconoce a sí mismo en su necesidad colec-

¹ Aunque limite esta irreconciliabilidad al problema del desarrollo tecnológico que favorece a los capitalistas acrecentado el producto neto, y desfavorece a los trabajadores debilitando la demanda de trabajo.

tiva: el socialismo.

Con la gran lucidez que la caracterizaba, Rosa Luxemburgo puso en evidencia la ruptura radical que Marx produjo en la economía política, sosteniendo que “con Marx se cumple la gran inversión de la economía política en su contrario, en el análisis socialista del capitalismo”. En otros términos, el análisis que Marx hace del capitalismo es análisis de las fuerzas históricas y de los agentes sociales que presionan hacia la superación socialista de esta formación.

Podemos entender ahora el doble sentido en que Marx se refiere a su elaboración económica en términos de “Crítica de la economía política”. En primer lugar se trata de la *crítica del capitalismo* desde el punto de vista de la historia o sea el reconocimiento de las contradicciones que actúan en la formación capitalista como factores disgregadores del sistema y que preparan las condiciones —objetivas y subjetivas— para el paso a una nueva sociedad. En ese sentido se trata para Marx de la aplicación de los principios del materialismo histórico a una sociedad que se basa a sí misma sobre una fuerza social, el proletariado, cuya necesidad histórica es derrumbar esta sociedad. Una sociedad que se basa sobre un conflicto que el mismo desarrollo se encarga de transformar en antagonismo histórico. Crítica del capitalismo significa, así, la asunción del punto de vista del *futuro necesario* en el análisis de un presente capitalista que simultáneamente lo prepara y lo niega. Lo prepara objetivamente con el desarrollo de todas las fuerzas productivas sociales y con las contradicciones irresolubles propias de tal desarrollo, y lo niega con el esfuerzo autoconsciente de preservar *sine die* una estructura social destinada al derrumbe.

El segundo sentido en que Marx usa la palabra crítica para referirse a su elaboración económica, es el de crítica de la reflexión teórica sobre el capitalismo, *crítica de la teoría económica*. La economía política clásica se le presenta a Marx como el punto más alto alcanzado por la reflexión social en el ámbito del pensamiento burgués; se le presenta como el producto más articulado y sistemático de la “conciencia social” en el marco de la sociedad burguesa. Sin embargo esta conciencia es limitada y deformada. Su límite reside en la incapacidad de trascender la sociedad que la ha generado y no reconocer, de manera sistemática, el papel que juegan en el capitalismo los agentes sociales que actúan *necesariamente* para la superación de esta organización social. Y se trata de una conciencia deformada ya que estos mismos agentes se presentan en sus construcciones en forma disfrazada, en categorías abstractas que son la traducción inconsciente en el plano económico, de fuerzas sociales concretas. En otros términos: detrás de sus categorías, la economía política no ve la sociedad en las fuentes *reales* de su movimiento. La economía política acaba por

reconocer una voluntad y una autonomía real a procesos económicos que sólo derivan su dinámica y sus características de relaciones determinadas entre hombres que las activan. Es lo que Marx llama el “fetichismo del mundo de las mercancías”, o sea la circunstancia de que las *relaciones entre los hombres* se presentan a los ojos de los economistas (y a ellos como a cualquier individuo que participe de la sociedad capitalista) solamente *a posteriori*, y como relaciones entre cosas. Podríamos decir que el fetichismo de la mercancía es el animismo propio del *homo oeconomicus* burgués.

Con Marx se cumple el paso del estudio de las categorías del pensamiento económico, al análisis (y denuncia) de las relaciones sociales que se esconden detrás de ellas. Pero con esto se da una transfiguración radical de la economía política en algo completamente nuevo. Con mucha razón observa Korsch que la aportación de Marx reside principalmente en “la superación crítica de la economía en una *ciencia directamente histórica y social* del desarrollo de la producción material y de la lucha de clases”.² El mismo autor nota también que

Incluso cuando formalmente se limita a continuar el trabajo de los grandes economistas burgueses... sus exposiciones contienen siempre una tendencia crítica. Esas mismas exposiciones sirven para llevar los conceptos y las proposiciones de la economía hasta el límite junto al cual se puede hacer visible y atacable la realidad.³

Detrás de las categorías de la economía política, Marx descubre la sociedad y es la misma sociedad (en su fuente *originaria*, o sea en la estructura social de la producción material) la que se reconstruye conceptualmente en las categorías de su pensamiento económico.

Aun donde Marx usa sin modificarlas las categorías propias del pensamiento económico burgués, las inserta en marcos conceptuales en los que la sociedad está presente con sus principales caracteres y contradicciones.

Si bien es obvio reconocer el papel central que juega la producción material en la concepción marxista de la sociedad y de la historia, nada de obvio tiene, y sí mucho de discutible, inferir de ello la existencia de una supuesta economía política de Marx. En este error cae incluso un marxista tan lúcido y poco escolástico como Karl Korsch. En la obra ya citada se lee, en referencia a Marx, que

La economía política no es ya, así, una ciencia de la *mercancía* [...] [Con Marx la

² K. Korsch, *Karl Marx*, Ed. Ariel, Barcelona, 1975, p. 118.

³ Loc. cit.

economía política] se convierte en una ciencia directa del trabajo social, de las fuerzas productivas de ese trabajo, de su desarrollo y su encadenamiento por las relaciones sociales de producción de la presente época burguesa y de su ruptura revolucionaria por la lucha de clase del proletariado.⁴

Aquí es evidente la inversión de sujeto y objeto y el resultado absurdo a que conduce considerando la de Marx como una especie de economía política “renovada” y convertida en ¡la ciencia de la “ruptura revolucionaria”! Según Korsch parecería aquí que la economía política se dilata a tal punto que englobaría, en la construcción teórica de Marx, el estudio del desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales y de poder y por último, del cambio revolucionario. Pretender todo esto de la economía política, por más que sea “renovada”, es como pretender que una columna cargue con el peso de todo un edificio.

Fuerzas productivas, relaciones sociales de producción y de poder y *revolución* no pueden considerarse como terreno exclusivo de “una” ciencia que pueda considerarlos como sus objetos específicos, y mucho menos esa “ciencia” podría ser la economía política. Los tres términos anteriores no son otra cosa que los “parámetros” del materialismo histórico o, más específicamente, de la concepción materialista de la historia. Y esta última *no es* el producto de la *dilatación* de la economía política. Naturalmente, gracias a sus estudios económicos, Marx enriquece enormemente su concepción de la historia y su comprensión del capitalismo; sin embargo no sustituye a los *sistemas* de la economía política burguesa (como al sistema de Ricardo, Smith, etcétera) otro *sistema* supuestamente proletario, o socialista.

No contrapone a la economía política de la burguesía una especie de economía política del proletariado, del mismo modo como no contrapone a la economía política del capitalismo una economía política del socialismo.

Marx se apropia de los productos más adelantados del pensamiento burgués en economía política, los modifica develando sus raíces sociales —el carácter no-natural de las realidades que están en la raíz de las categorías de la economía burguesa— y los inserta en una concepción en la que la misma economía política ha sido dejada atrás como una herramienta antediluviana. Las categorías económicas son solamente las costras que encierran realidades y procesos sociales cuya comprensión va más allá de las posibilidades de cualquier economía política. No es entonces en la elaboración de una *nueva* economía política que hay que buscar lo nuevo de la aportación científica de Marx, sino en una concepción histórica y dialéctica del movimiento de la sociedad en que la misma sociedad (como unidad orgánica de relaciones de

⁴ K. Korsch, op. cit., p. 124.

producción, instituciones jurídicas y de poder, e ideologías) se presenta como el verdadero objeto de estudio.

Considerando la sociedad en su articulación real y en sus contradicciones dinámicas en el estudio de los procesos económicos, y considerando toda relación social como producto de fuerzas objetivas que actúan en la base productiva del sistema, Marx no hace en el primer caso *sociología*, de la misma forma como en el segundo no hace *economía política*. En el descubrimiento de la existencia de la sociedad *dentro* de la producción material y reconociendo a esta última (o sea al carácter dinámico de las contradicciones que actúan en su seno y que son el reflejo de su *ser social*) el papel de motor del proceso histórico, en esto está la aportación decisiva de Marx. Para él podemos decir que las fuerzas productivas representan el *reflejo congelado* de las relaciones sociales de producción, y éstas representan la adaptación social a las características y el nivel de las primeras. La revolución es el momento culminante del proceso histórico que impone una nueva relación entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. ¿Dónde puede encasillarse una concepción de ese tipo? ¿En la economía política? ¿En la sociología? ¿En las ciencias políticas? Quizás las dificultades para contestar a esa pregunta dependan de que la misma sea incorrecta pretendiendo resolver, en el ámbito de ciencias cuyos límites han sido definidos *a. partir* de las necesidades de conocimiento propias (aun si implícitas) de la burguesía, un pensamiento que trasciende los límites históricos e ideológicos de esa clase. Si lo más amplio contiene lo más reducido y si lo más complejo implica lo más simple, entonces la pregunta justa no será “¿dónde se inserta el pensamiento de Marx en las distintas ciencias que representan las distintas secciones del conocimiento social?”, sino “¿cómo se insertan los varios momentos del pensamiento social burgués en la construcción teórica de Marx?”

Si es cierto que

el marxismo es el heredero legítimo de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés,⁵

también es cierto que los principales elementos que Marx asume del conocimiento consolidado vienen modificados radicalmente por él. Marx no sólo “pone de pie” la dialéctica invertida del idealismo hegeliano, no sólo reconoce en las relaciones de producción la *base real* de la organización social y el principio fundamental de su crítica de la economía política,

⁵ V. I. Lenin, Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo. *Obras completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1970, t. XIX, p. 206.

no sólo refundamenta el socialismo sobre bases históricas criticando el utopismo y el voluntarismo romántico en que estaba asentado, sino que, *además*, usa la filosofía clásica alemana (puesta de pie) para criticar el carácter adialéctico de la economía política y su ceguera frente al carácter enajenado del trabajo, y a la inversa usa las categorías de la economía política para adherirse con más concreción a los determinantes modernos del trabajo enajenado, rebasando así la dimensión “filosófica” de la enajenación. En síntesis: Marx usa la economía política en función anti-idealista y la dialéctica hegeliana en función antimecanicista en referencia a la economía política. Y en contra tanto de la economía política como de la filosofía está el socialismo, o sea el terreno concreto que, madurando a partir de las contradicciones del capitalismo, plantea la superación histórica tanto del mundo socioeconómico burgués como de sus formas de pensamiento.

Todo conocimiento propio de la filosofía y de la economía burguesa viene asumido por Marx no sólo en forma creadora (o sea crítica) sino que viene insertado en una concepción integrada tanto de la sociedad como de la *necesidad* de su cambio. Todo fragmento de conocimiento social se integra en una visión de la sociedad en la que el momento activo no expresa ningún tipo de voluntarismo sino el punto de vista del *futuro necesario*. En síntesis, de la misma forma en que el uso de categorías históricas no hace de Marx un historiador, su uso de las categorías de la economía política no lo convierte en un economista, y mucho menos legitima el considerar su análisis del capitalismo como una economía política.

II

El capitalismo es la reducción del trabajo a las exigencias de valorización del capital. Pero no es esto exclusivamente. Es también una estructura social compleja en que Economía y Poder se enlazan del modo más estrecho, donde la valorización del capital sólo es posible por medio de un conjunto de relaciones sociales y de poder que imponen al proletariado su permanente subordinación.

La sociedad capitalista no produce sólo mercancías. Produce y reproduce, sobre todo, las condiciones económicas, sociales, políticas e ideológicas de la sujeción del proletariado, o sea aquellas condiciones sin las cuales no se haría posible el dominio de la burguesía sobre la sociedad. Sólo puede realizar la burguesía sus objetivos (o sea una creciente acumulación de capital) garantizando la estabilidad y solidez de una estructura socioeconómica capaz de controlar y encauzar los movimientos del proletariado según sus propias necesidades. Frente a un proletariado que es empujado a la lucha por su emancipación por la misma incapacidad del

capitalismo a satisfacer aquellas necesidades que él mismo ha creado, la burguesía adquiere plena conciencia de que el mantenimiento de su hegemonía sólo es posible creando estructuras sociales y políticas capaces de ejercer un control rígido sobre el movimiento obrero. Tanto más agudas se manifiestan las contradicciones sociales internas a la formación capitalista, tanto más la acumulación de capital se presenta como el *producto* de una estructura de poder determinada que la hace posible.

Si es cierto que una determinada forma social de producción prepara e impone una forma de poder correspondiente, es también cierto que en el desarrollo concreto del capitalismo adquiere un peso siempre creciente la capacidad social de regulación de los movimientos del conjunto de la sociedad por parte de la dirección burguesa. La estructura del poder y la capacidad de coerción social pueden considerarse cada vez menos como momentos colaterales del proceso social y en cambio cada vez más se presentan como momentos centrales del proceso general de la producción capitalista. Ya no funciona el Poder simplemente como defensa de la Riqueza, sino que, y como producto de su creciente esencialidad social, también adquiere funciones cada vez más importantes de guía y regulador de la misma actividad económica.

Al carácter más general y más sistemático de la oposición proletaria al régimen burgués, este último reacciona aumentando el grado de su integración interna, o sea aumentando su capacidad general de control social. Sin embargo, la tendencia al crecimiento de funciones y de estructuras de control, de orientación y de guía de la economía y de la sociedad, no depende sólo de las necesidades de fortalecimiento del sistema frente a la marcha interna de sus contradicciones, sino que también está asociada a los cambios que intervienen en la base misma de la estructura productiva y que llevan el capitalismo a la adquisición de caracteres monopólicos cada vez más difundidos. En síntesis, el Poder se convierte en una variable con grados de libertad cada vez más amplios y numerosos como consecuencia del mismo desarrollo que lleva al capitalismo a su etapa moderna, a la etapa del capitalismo monopolista de Estado.

Ahora bien, cuando Economía y Poder se encuentran enlazados en forma tan estrecha como en el capitalismo actual, ¿es posible referirse a la valorización del capital como a un proceso exclusivamente económico? De la misma forma como es evidente que sólo parcialmente la crisis del capitalismo en estos años puede considerarse como “crisis económica”, pues tiene sus raíces principales en los profundos embates sufridos por el imperialismo a escala internacional, de esa misma forma las explicaciones exclusivamente económicas del mismo funcionamiento económico del capitalismo demuestran su insuficiencia.

Si en ninguna etapa del desarrollo del capitalismo fue legítimo pensar en esta formación como en una estructura *autorregulada* desde el punto de vista de su economía, pensarlo hoy sería simplemente absurdo. Es evidentemente innegable que en la etapa concurrencial del capitalismo los libres movimientos de los capitales tienden a generar espontáneamente las condiciones necesarias para el desarrollo ulterior: desde una tasa media de ganancia hasta las crisis que, con la destrucción de imponentes masas de capital y el desempleo masivo, generan las condiciones para el nuevo despegue. Sin embargo llega el momento en que la "espontaneidad" de estos mecanismos se convierte en una amenaza mortal para la existencia misma del sistema. ¿Qué pasaría en el capitalismo actual si las clases dirigentes no supieran controlar (aunque sea dentro de límites determinados por contradicciones objetivas insuperables) el ciclo económico, o no supieran intervenir para mantener el desempleo dentro de límites aceptables para la estabilidad social del conjunto? Y además, ¿es legítimo referirse a los precios como a productos objetivos del mecanismo espontáneo del mercado? ¿Y los monopolios? ¿Y el Estado? Pero si los mismos precios (puntos cardinales en el funcionamiento de una economía que se supone regulada por ellos) se convierten en instrumentos de maniobra en manos de las grandes concentraciones de capitales, y pierden el carácter espontáneo que otrora los caracterizaba, ¿será posible entonces seguir considerando a la ganancia (y a su tasa media) como *mecanismos económicos prioritarios*, células básicas en el funcionamiento del organismo social capitalista?

Muchos entre los mismos marxistas se han acostumbrado a pensar en las "categorías económicas" como en magnitudes analíticas indivisibles, o sea partículas conceptuales cuya aplicación rigurosa a la realidad garantizaría automáticamente la comprensión de los mecanismos del proceso económico. Ahora bien, si este uso del marxismo deja mucho que desear en general, en referencia al capitalismo moderno se convierte en un ejercicio escolástico más o menos estéril. Cuando Poder y Economía se *juntan* en un esfuerzo autoconsciente de salvación del capitalismo, entonces toda categoría económica sólo puede contribuir a la comprensión de la realidad si surge de una visión atenta tanto de las *contradicciones* que agitan el cuerpo social como de la *política* que guía las decisiones de la dirección social burguesa. Dicho de otra forma: sólo en la medida en que la reflexión económica adquiera también el punto de vista de la sociología y de la política, tendrá la capacidad de ir más a fondo con respecto a las puras magnitudes económicas y entender su manifestación como expresión de fuerzas sociales y políticas concretas.

Cuando el análisis social llega al nivel en que utiliza lo económico, lo social y lo político como los puntos de vista centrales en la comprensión de la sociedad (aun reconociendo al

momento económico una hegemonía sobre los demás, debido a que se trata del momento en que se fundamenta la existencia material de la sociedad), entonces nos ponemos en condiciones de seguir realmente las enseñanzas que derivan del pensamiento de Marx. La reconstrucción conceptual de la realidad debe respetar su existencia real y no introducir en ella fragmentaciones *especializadas*, las cuales muchas veces son producto de la incapacidad de los pensadores burgueses para mirar la sociedad como una totalidad viviente. Si los mismos pensadores marxistas no demuestran capacidad para considerar las categorías económicas del pensamiento de Marx como expresiones sintéticas de relaciones sociales determinadas, entonces el mecanismo en el análisis económico será tan inevitable como la mera descriptiva y el eclecticismo en el análisis burgués.

De la misma forma que la economía política burguesa ha venido degenerando en el tiempo hasta convertirse en la técnica de análisis (de costo-beneficio, de optimización en el uso de recursos, etcétera) que es hoy, el uso de las categorías económicas marxianas en clave exclusivamente económica, además de desvirtuar el fundamento social del pensamiento marxiano, tiende a convertir al marxismo en un sistema de conceptos cerrados incapaces de ir más allá de la mera asunción acrítica de magnitudes económicas inexplicadas en su génesis social.

Las magnitudes del salario, de la ganancia, etcétera, no nos indican sino la parte estrictamente económica del conjunto de relaciones sociales propias del capitalismo; representan la traducción económica (o sea *en los términos de la burguesía*, como dice Lenin) de una realidad social compleja. Si se dice con Marx que el capital, antes de ser conjunto de valores, es una relación social determinada, y si reconocemos en la subsunción del trabajo (o sea del proletariado a la burguesía) la naturaleza íntima de esta formación, entonces no se puede pensar en resolver exhaustivamente esta subsunción y sus consecuencias sobre el mecanismo reproductivo de la sociedad, en los términos de la economía política. El salario no es sólo una expresión unilateral de la relación que lo alimenta, sino que, sobre todo, es el resultado de esta relación. No es el salario lo que determina la relación entre capital y trabajo, sino que es esta relación (como relación compleja y *social* entre el conjunto de los capitalistas y el conjunto de los trabajadores) la que se traduce, en términos económicos, en la magnitud dada del salario. Éste se presenta como última expresión económica de una relación que se asienta no sólo en un plano económico sino en un plano que reproduce el conjunto de la sociedad como sociedad capitalista. De la misma manera sería una miopía absurda pensar en la tasa de ganancia en términos estrictamente económicos, cuando esta magnitud es la expresión sintética (y superficial) de la capacidad de *control social general* del capital sobre

el trabajo y su articulación en la sociedad.

El mecanismo y determinismo propios de los economistas (incluyendo entre ellos a muchos supuestos “economistas marxistas”) se refleja plenamente en aquellos análisis de la economía capitalista en el ámbito de los cuales el proletariado se transforma exhaustivamente en *factor trabajo* y el capital en una suma de valores. ¿Cuántas veces se ha analizado la tendencia decreciente de la tasa de ganancia relacionando entre sí magnitudes económicas definidas de tal manera? Como si fuera posible definir las líneas reales de movimiento del capitalismo, sin considerar la dinámica de la estructura y mecanismos sociales y, en primer término, la existencia del proletariado como movimiento obrero, o sea como fuerza social potencialmente antagónica. Quienes definen las líneas de la evolución del capitalismo razonando en términos estrictamente económicos, dan por descontada la posibilidad de analizar el movimiento del capital independientemente del movimiento del proletariado. Pero ¿es posible un análisis realista del capital sin otro igualmente realista análisis del proletariado? Sólo sería posible eso demostrando que los movimientos del proletariado son la expresión social y política del mismo movimiento del capital. O sea que este último prepara y condiciona, con su dinámica, la dinámica del proletariado. Ahora bien, no es necesario recurrir a Marx o a argumentaciones muy sofisticadas para demostrar la inconsistencia de esta idea. La misma existencia de organizaciones políticas y sindicales que expresan el punto de vista del proletariado sobre la sociedad y guían u orientan sus luchas, expresa con suficiente fuerza el sentido de una marcha histórica en el curso de la cual el proletariado tiende a conquistarse una identidad política, organizativa e ideológica que lo convierte en un agente plenamente activo de la sociedad capitalista. Que los movimientos de la sociedad capitalista puedan incidir sobre esta marcha, esto es obvio, pero también es obvio el hecho de que (adquirida la conciencia de su propia condición y desde el momento en que la presencia del socialismo ya no es *simplemente* ideológica sino que adquiere una dimensión política y un poder orientador gracias a los países donde los trabajadores han llegado al poder) el proletariado tiende, como clase, a emanciparse de la tutela política de la burguesía y a marchar con sus propias piernas en el marco de las mismas relaciones burguesas. Cuando empieza a adquirir conciencia de sí mismo, de sus intereses y de su papel histórico, ya no es posible referirse al proletariado como a una simple determinación (una componente *líquida*) del capital. El movimiento histórico del capitalismo produce las condiciones para la transformación de la *fuerza-trabajo* en *clase obrera*; crea las condiciones para que el proletariado se convierta en una fuerza social históricamente activa.

Desde el momento en que el proletariado existe *realmente* como clase obrera, entonces ya

no es posible pensar en el desarrollo del capitalismo como en un proceso determinado por leyes independientes de la misma actividad obrera. Las luchas obreras imponen al capitalismo modalidades específicas en el desarrollo tecnológico, en la distribución sectorial y territorial de los recursos, en las formas de acumulación, etcétera. Si no se considerara la actividad de la clase obrera y del proletariado en general, toda política económica burguesa sería simplemente incomprensible. Creer que se pueda derivar el análisis de esas políticas de la correlación, más o menos sofisticada, entre simples magnitudes económicas es la expresión más grave de un uso mecanicista (o sea fundamentalmente antidialéctico) del mismo pensamiento económico marxiano.

El análisis económico sólo puede generar un conocimiento plenamente racional del capitalismo si demuestra capacidad para asumir el punto de vista de la sociología y de la política. Lo cual es, además, una necesidad impuesta por la presencia cada vez más prepotente de la dimensión tanto social como política en el ámbito del mismo proceso productivo.

La integración creciente entre economía y política no es otra cosa sino el reflejo de las contradicciones cada vez más agudas que surgen en el capitalismo maduro, impidiendo que la estructura económica tenga un funcionamiento automático. Cuando el Poder, como conjunto de instrumentos y actos autoconscientes destinados a la defensa del capitalismo, se convierte en condición de vida para una formación que ha perdido su energía interna, entonces, más que nunca, se hace clara la insuficiencia de la economía política para interpretar los cambios que intervienen en el movimiento histórico del capitalismo.

En cambio, el punto de vista de la sociedad en su articulación real y en su ser contradictorio, se reafirma como el punto de vista decisivo que rehúye las abstracciones indeterminadas y los mecanicismos de la economía política así como el eclecticismo y las meras descripciones sociológicas.

III

(Como conclusión.) Cuando en la segunda mitad del siglo pasado la burguesía dejó de ser una clase revolucionaria, no dejó de serlo sólo en la *práctica* sino también en el *pensamiento*. El pensamiento burgués deja de ser revolucionario en el momento en que la burguesía deja de serlo. La inversión en el pensamiento se expresa en múltiples formas: en el campo cada vez más reducido que cubre la historia en el pensamiento social, en el decaimiento y vulgarización de la economía política, etcétera, pero el indicador más claro de la involución del pensamiento burgués tal vez resida en su fragmentación y especialización cada vez mayores. En el ámbito

de cada ciencia el punto de vista es cada vez más limitado el interés cada vez más específico. En el ámbito de las ciencias sociales se pierden los “grandes sistemas” de pensamiento que la misma burguesía había elaborado sobre todo en el siglo XVIII. El pensamiento burgués tiende a hacerse escolástico en el momento mismo en que ser crítico e histórico implicaría el reconocimiento de las contradicciones irreconciliables en que se encuentra la sociedad burguesa.

El lugar de los grandes pensadores como Smith, Rousseau Ricardo, Montesquieu, Locke, etcétera es ocupado por vulgarizadores y por investigadores de aspectos de detalle que ya no pueden aportar cambios radicales a las grandes construcciones teóricas establecidas. A la burguesía que ha dejado de revolucionar a la sociedad y que ha asentado sólidamente su propio poder ya no le interesa indagar, lo que le interesa es defender y justificar lo existente. El repliegue conservador de la burguesía constituye el fundamento de la involución de su pensamiento, y el indicador más importante de ello es su incapacidad para moverse al nivel de *grandes sistemas*, o sea al nivel de teorías sociales integradas. El detalle más o menos oscuro, más o menos aislado, es el objeto de atención propio de quien teme a la totalidad viva de la sociedad en tanto que ésta es la base de las contradicciones que imponen una nueva organización social y una nueva estructura del poder.

En el momento que, frente a las contradicciones en (se envuelve el capitalismo, el pensamiento histórico y social de la burguesía empieza a demostrar su límite, manifestando su incapacidad para considerar esas contradicciones como expresiones del futuro que se está generando en el seno de la sociedad capitalista, o sea, en el momento mismo en que el pensamiento burgués se convierte en antihistórico como producto de la necesidad de justificar la conservación del presente, Marx se apropia de los productos más altos de este pensamiento y, depurándolo de sus “residuos” idealistas y apologéticos, lo pone al servicio de una concepción que representa no el esfuerzo de salvar la sociedad presente, sino el de construir las bases científicas de su definitiva superación histórica. En este sentido, Marx es el heredero más consecuente tanto de la filosofía alemana de Kant, Hegel, y Feuerbach, como de la economía política inglesa y del socialismo francés.

Marx critica a la sociedad burguesa tanto en sus componentes reales como .en sus componentes ideológicas, o sea, tanto al capital como a la economía política, tanto al Estado burgués como al derecho público de Hegel, tanto la realidad de la enajenación humana como a su dimensión conceptual en la filosofía idealista. El punto de vista de Marx es *integrado*, o sea constituye una *concepción* del mundo, ya que es simultáneamente una crítica al capitalismo *como sistema*, una crítica a las formas conceptuales que esta formación genera, y

el planteamiento del terreno ideológico y teórico a partir del cual la nueva clase revolucionaria —el proletariado— puede construir su autonomía y reconstruir la sociedad sobre nuevas bases derribando a la vieja sociedad.

Dar a la crítica de la economía de Marx el carácter de ciencia, transformándola en una falsa e imposible “economía política marxista”, es limitar el alcance histórico del marxismo, aceptar los límites mecanicistas del análisis económico como límites del marxismo y perder la riqueza y el poder de las categorías analítico-históricas del materialismo histórico. Este último constituye la única ciencia de la cual Marx es legítimamente responsable.

Un indicador de ciertas involuciones del pensamiento marxista (involuciones que son principalmente el producto de las distorsiones del marxismo en términos evolucionista y revisionista en lo ideológico y reformista en lo político) está justamente en lo acostumbrado que se ha vuelto hablar de un Marx “economista”, de un Marx “filósofo”, de un Marx “político”, de un Marx “historiador”, etcétera, etcétera, borrando así de un plumazo tanto la unidad de la visión marxiana de la sociedad y su evolución, como el carácter *general* de la crítica marxiana a las formas ideológicas del pensamiento burgués.

Si hay una componente del pensamiento marxiano que tal vez merezca destacarse frente a todo su cuerpo teórico, es la del Marx teórico de la *necesidad histórica* del socialismo; más allá de esto hablar de un Marx “economista”, “filósofo”, “político”, representa una fórmula trinitaria tan vacía como la otra.